

EL PUEBLO

SEMANARIO DEMOCRÁTICO

ÓRGANO DEL PARTIDO DE UNIÓN REPUBLICANA DE TORTOSA

Precios de suscripción
AÑO I En Tortosa, al mes. 0'50 ptas.
Fuera, trimestre 4'50 id.

Sábado 20 de Abril de 1901

Puntos de suscripción
En la Administración, calle de la Sangre N.º 12
n.º 40, prin.—Anuncios precio convencional.

FORMAS DE GOBIERNO

Desgraciadamente lo que ocurre en nuestra nación es que la mayor parte de los republicanos lo son de entusiasmo de fé pero no de convencimiento, y de esto tienen la culpa los jefes republicanos, que no se acuerdan de hacer propaganda más que cuando se acercan elecciones y necesitan conquistarse el sufragio de sus correligionarios. Creemos pues conveniente y no sólo conveniente sino necesario que se vayan difundiendo entre las masas obreras los principios científicos que son la base y fundamento de los ideales republicanos, con objeto de que nuestros correligionarios se convenzan de la pureza de nuestra doctrina y de la verdad de nuestros principios. Tres son las formas de gobierno que nosotros conocemos: la monarquía absoluta, la monarquía constitucional y la república.

Comencemos pues á explicar lo que es la monarquía absoluta.

En todo estado deben existir los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Estos poderes para que un estado vaya por el camino de la cultura y de la prosperidad deben estar independientes entre sí y no confundirse unos con otros. Además debe existir en todo estado convenientemente organizado un cuarto poder que se llama armónico ó regulador que es el encargado de mantener el equilibrio entre los otros tres poderes. Pues bien en la monarquía absoluta todos los poderes ó sea el ejecutivo, el judicial, el legislativo y el armónico, están confiados á un sólo hombre, el cual diciendo que tiene el poder de origen divino, manda y dispone como un déspota, siendo vasallos los individuos pertenecientes á los estados en que rigen monarquías absolutas.

Es decir que en las monarquías absolutas el Rey lo es todo y la nación no es nada.

Como se comprende no hay nada más absurdo y que tenga menos sentido común que el régimen de las monarquías absolutas, puesto que está demostrado científicamente que para que un estado marche por la senda del progreso, es necesario que se desenvuelvan libremente sus poderes y se reconozcan á los ciudadanos verdaderos derechos.

La monarquía constitucional no es más que el trámite, un paso de la monarquía absoluta á la república. Se distinguen las monarquías constitucionales por el predominio exclusivo del poder ejecutivo sobre todos los demás poderes, puesto que en éste régimen no mandan y disponen más que los ministros y todos los demás poderes están subyugados y dominados completamente.

La república es el gobierno del pueblo por el pueblo; es la soberanía nacional; en una palabra, es la verdad científica convertida en realidad.

L.

Los sucesos de Jerez

En Jerez hay hambre. Encendidos en ira los jornaleros, han arrebatado tumultuariamente el pan que otros llevaban. Se extiende el mal á otros pueblos. Bnaocaz y Grazalema han quedado casi sin habitantes. Por miles se cuentan los que no comen.

Los Municipios se encuentran sin recursos con que hacer frente al conflicto. El Gobierno envía por todo remedio 15.000 pesetas con destino á la continuación de una carretera. Se teme, con razón, nuevos desórdenes.

¿Qué hacer para evitarlos? Dícese que Sagasta ha pedido á sus colegas que recojan datos para organizar el sistema de acudir racionalmente al alivio de aquellas regiones. Lo que hoy sucede en Andalucía podrá acontecer mañana en cualquiera otro lugar del reino: el sistema ha de ser general y aplicable á toda España. No es nuevo ni aun en la región andaluza el robo de panes.

Puede el hambre proceder de muchas causas: de una inundación, de una sequía, de un terremoto, de una crisis industrial ó monetaria, de una guerra, de disturbios políticos. Puede venir limitada á una zona, ó extenderse á muchas. ¿A que sistema podrá recurrirse?

Un fondo de calamidades públicas, por grande que sea, es insuficiente. En todas las que han ocurrido de alguna importancia, el Estado, reconociéndose impotente para atenderlas, ha llamado á la sociedad en su ayuda. Ha abierto suscripciones y ha impuesto sacrificios á sus empleados.

Es aún más impotente el estado para el remedio de la miseria que sufren constantemente miles de familias en el seno de sus hogares, sin que jamás se atumultúen ni salgan siquiera á la calle á pedir limosna. El número de esa clase de hambrientos es considerable, aun en las poblaciones al parecer más opulentas. ¿Cómo aliviar á los muchos que viven muriendo ó por no encontrar trabajo ó por no hallar en él un jornal que les consienta cubrir las primeras necesidades de la vida.

Si se quiere dar con el sistema que se busca, hay que fijarse preferentemente en la enorme desigualdad de fortunas que entre los hombres existe, y en la enorme injusticia que esa desigualdad encierra. Por mucho que viva no puede ganar un trabajador durante su existencia lo que en un año, en un mes, tal vez en días realiza un banquero, ya por una simple operación de bolsa, ya por la suscripción de un empréstito, ya por la cesión de una empresa que por mero favor obtuvo. Están unos hombres repletos de oro, de valores del Estado, de lujosos muebles, de valiosas fincas, y dejan á su muerte millones para hijos que no conocieron jamás el trabajo; y otros, los más, después de una labor diaria y penosa, mueren pobres y

nada pueden dejar á sus hijos sino su pobreza.

Esa desigualdad, ¿no es verdaderamente monstruosa? La riqueza del rico ha sido, sin embargo, amasada por las manos del pobre. Es justo de toda justicia que el hambre del pobre sea acallada por la fortuna del rico.

Aquí es donde se debería buscar el sistema. Nosotros aplicaríamos por de pronto á compensar la pobreza del pobre con la riqueza del rico: 1.º, los bienes que nadie poseyese; 2.º, las herencias de los que muriesen sin testamento y sin ascendientes, descendientes ni hermanos; 3.º, en los bienes testamentarios un tanto por ciento que aumentase en razón inversa del parentesco, y en razón directa del haber hereditario; 4.º, todos los bienes de que se dejase ó se hubiese dejado heredera el alma; 5.º los de las fundaciones ya sin objeto; 6.º, las tierras que se hubiese dejado incultas por más de cinco años; 7.º, todas las posesiones sin título que justificase el dominio.

Toda esa masa de bienes, que debería constituir un fondo aparte del presupuesto, bien administrada y aplicada, podría aminorar la general miseria, ir cerrando el foso que separa el capital y el trabajo, y prevenir la tormenta que puede detribar por los cimientos el actual régimen.

LAS ELECCIONES

Los mitins contra las comunidades religiosas no cesan. Recientemente se celebró uno en la Coruña, donde la proposición aprobada distó de ser lo enérgica que fueron los discursos. El gobierno permanece quieto y silencioso. ¿Querrá que la ola suba? No; lo que aquí quiere es dar tiempo al tiempo y dejar que la agitación por sí misma se apague.

Hoy no se preocupa el gobierno sino con las elecciones. Por si abrigáramos la esperanza de que fueran algo más libres que las del tiempo de sus antecesores, ha empezado ya la serie de abusos de su repertorio. A instancia de sus candidatos remueve ayuntamientos y alcaldes, y purga de dificultades los distritos. A todo trance, dice, hay que traer á las Cortes una mayoría que asegure mi existencia y la aprobación de mis proyectos. Son tornadizos aquí los diputados, y hay que contar con las desmembraciones.

No por esto deben desmayar nuestros correligionarios. Las malas artes del gobierno deben avivar los ánimos para la lucha. En la guerra, no porque las use el enemigo tira el buen ciudadano las armas y abandona el campo. Las desconcierta con su decisión y su energía, y no pocas veces triunfa á pesar de los que las usan.

Conviene que se hagan inscribir en el censo los

que no estén inscritos, hacer públicos los manejos de las autoridades preparar y disponer las huestes para el día en que se abran los colegios y brevemente designar los candidatos. Esta designación es obra fácil para el partido que manda; no tan fácil para las oposiciones, mucho menos para oposiciones que no pueden prometerse muchas victorias.

Para ser diputado de la mayoría; bastan pocas dotes; para serlo de una escasa minoría, es menester corazón, inteligencia, conocimientos, aptitud para las lides parlamentarias. Se hace necesario hoy buscar gente joven y belicosa que pueda permanecer en las Cortes todo el tiempo de las sesiones. No hay aquí dietas para los diputados y debería haberlas como en muchas otras naciones; que la falta de medios es causa casi permanente de que estén las minorías en cuadro.

Sin emolumentos se aleja de las Cortes á ciudadanos útiles que sean pobres, y se lleva á los diputados pobres y de pocos escrúpulos á que de su mandato hagan granjería. Cuánto más se vayan las Cortes democratizando, más conviene que se señale dietas á los diputados; ¿qué obrero puede de otra manera representar al pueblo?

Urgen muchas reformas para que las Cortes representen todas las clases de la sociedad y todos los órdenes de intereses.

F. Pi y Margall.

La cuestión de Cuba

La enmienda Platt ha sido en Cuba la manzana de la discordia. No ha dicho todavía la Convención si la acepta ó la rechaza. A nuestro juicio tardará en decirlo. Sanguily no está de acuerdo con Mendez Capote y Gualberto Gomez, que la combatieron clara y decididamente en un mitin de Guanajay á fines de Marzo. Tanto disiente de ellos que ha renunciado no sólo la presidencia del partido republicano, sino también el cargo de representante del pueblo.

En realidad la enmienda no parece bien á ningún partido cubano, ni siquiera al demócrata. La discordia consiste en si se la debe ó no admitir en evitación de mayores males. Si no se la acepta, se dice, se prolongará la ocupación militar sabe Dios hasta cuando: para ponerle término se habrá de recurrir de nuevo á las armas. Cuba está verdaderamente con un dogal al cuello: ó cede ó la ahogan.

Son ya muchos los que medio pasan porque se acceda á las pretensiones de los Estados Unidos. Los Estados Unidos lo saben, y hoy por hoy no apremian; dan tiempo al tiempo en la confianza de que la isla terminará por doblar la cabeza. Lo doloroso es que, aún doblándola, no se verá libre de tropas norteamericanas. Bien claramente ha dicho en su mensaje Mac Kinley que no cabe retirarlas interin no haya en Cuba un Gobierno estable. ¿Cuándo lo habrá, á su juicio?

Entre los cubanos no están porque se admita la enmienda, los hay que piden que se exija en cambio ventajas comerciales: la exención, ó por lo menos la reducción de los derechos de aduanas sobre los azúcares y los tabacos. No ven que no está en manos de Mac Kinley otorgarlas, ni es fácil que las otorgue el futuro congreso.

A nuestro modo de ver, el que mejor ha habla-

do en esta cuestión, ha sido Gualberto Gomez. Ya, dijo, no podemos esperar de los Estados Unidos concesión alguna hasta que se reuna otro Congreso, que será en Diciembre. Difiramos para entonces el dictamen de la Convención sobre la enmienda.

En tanto bajan á la isla elevados personajes de la República. Allí están, entre otros, Miles y Próctor. Se afanan todos, aunque dicen que van allí por puro recreo, en demostrar á los naturales lo conveniente que les sería el protectorado para que tuviesen seguros el orden y la independencia. De ese insidioso argumento se han valido y se valen todos los protectores de pueblos.

Es difícil, sino imposible, que Cuba sea independiente. Ha dado con una nación hoy pérfida como Cartago é interesada y ambiciosa como Inglaterra, y no ha hecho mas que caer de Scila en Caribdis. Continuará siendo esclava aunque gocen de mayor libertad sus ciudadanos. No llegará ni siquiera á ser un Estado de la gran República. Será esclava con apariencias de libre, y cada día sentirá más el peso de los interventores.

Triste suerte ha tenido. Con medio siglo de luchas no ha podido conseguir la independencia que las demás colonias de España lograron con haber sido menos cultas. ¿La alcanzará algún día? Es muy dudoso.

La oración del niño

Se detuvo ante el Santo Crucifijo, ante el altar se arrodilló con calma, y del Señor ante la imagen, dijo con una voz en que exhaló su alma:

«Jesús, mi buen Jesús á quien imploro, sabes que á mis amigos no hago daño; es que en casa no hay pan ¡por eso lloro! Mirame bien los ojos: ¡no te engañe!

»Es mi madre quien dice que soy bueno, y como eso me sirve de alegría, te puedo asegurar que no me apeno por dejar de comer durante el día.

»Pero mis hermanitos y mi hermana, la mas pequeña, la graciosa Friso, no comen desde ayer por la mañana; y como tienen hambre, te lo aviso.

»¡Bueno, bueno! ¡Ya sé tal vez por otros nos abandonas; y si tal hicieras, siempre habras de acordarte de nosotros y de lo pobre Friso, aunque no quieras.

»Mira, te he referido mis fatigas, y mis males también te he relatado, sólo para que luego no me digas que hay cosas que yo á tí no te he contado...»

Dijo: y de aquel altar sobre las gradas, como el implume pájaro en su nido, clavadas en el Cristo sus miradas, pensando en Friso se quedó dormido.

Byrne.

Conferencias políticas en el Centro de Unión Republicana

Hoy á las 21 dará una conferencia política en el Centro de Unión Republicana, nuestro compañero de redacción D. Luis Manaut.

Terminada la conferencia se celebrará Junta ge-

neral del partido por segunda convocatoria, siendo válidos los acuerdos que se tomen en cualquiera que sea el número de socios que asistan.

«Trabajo»

Reproducimos este hermoso fragmento de la novela «Trabajo» que actualmente está publicando en París Emilio Zola, con la seguridad de que gustará muchísimo á los lectores por ser las primicias de una obra de genio.

Lucas se acostó, apagó la luz, esperando que la fatiga de cuerpo y de espíritu, que le tenía quebrantado, le dejaría dormirse pronto, en un sueño tranquilo que le calmara la fiebre. Pero en el silencio, en la obscuridad de la vasta habitación, no pudo cerrar los párpados, sus ojos se mantenían muy abiertos, en las tinieblas, un insomnio terrible le abrasaba, presa de la idea obstinada, devoradora.

Se le apareció Josina, renaciendo sin cesar, volviendo en el aire ligero con su rostro infantil, de tan doloroso encanto. Volvió á verla llorosa, hambrienta, aterrorizada, esperando á la puerta del abismo; la vió en la taberna, arrojada de allí por Regú, con tan violentos ademanes que la sangre corría por su mano mutilada, la vió sobre el banco, cerca del Mionna, abandonada en una noche trágica, no restándole más que la definitiva caída en el lodo, satisfaciendo el hambre como pobre bestia errante.

Y en aquel momento, después de tres días de inesperada información, casi inconsciente, que el destino le había llevado á ejecutar, todo aquello que había visto del trabajo, injustamente distribuido, despreciado como una vergüenza social, concluyendo en la miseria atroz del mayor número, se resumía para él en el caso horrible de la pobre niña que trastornaba su corazón.

Entonces las visiones surgieron como una multitud, atropellándose, torturándose con su continua presencia. Era el terror que soplabá, á través de las calles negras de Beauclair, pisoteadas por el oleaje de los miserables desheredados, que sordamente soñaban venganza. Era en casa de Bonnaire, la revolución razonada, fatal, en tanto que la suspensión del trabajo oprimía los vientres, entregaba al hambre la familia en el pobre albergue frío y desnudo, en que faltaba lo necesario. Era, en la Guardache, la insolencia del lujo corruptor, el gozo ponzoso que acababa de destruir la clase privilegiada, el puñado de burgueses, hartos de pereza, ahitos hasta la sofocación, de las riquezas iníquas que robaban á la labor y á las lágrimas de la inmensa mayoría de los operarios. Era también en la Crécherie, en el horno alto, de una nobleza salvaje, en que ni un solo obrero se quejaba, el prolongado esfuerzo humano, como herido por el anatema, inmovilizado en su eterno dolor, sin la esperanza de la emancipación total de la raza, libertada al fin de la esclavitud y llegando á la ciudad de la justicia y de la paz.

Y había visto, había oído á Beauclair crujiendo por todas partes, porque la lucha fratricida no era solo entre las clases; el fermento destructor había llegado á las familias, pasaba un viento de locura y de odio, que llevaba la rabia á los corazones. Monstruosos dramas manchaban los hogares, volcándose en la cloaca padres, madres, hijos. Se mentía, se robaba, se mataba. Al extremo de la miseria y del hambre estaba forzosamente el crimen, la mujer que se vendía, el hombre que se entregaba al alcohol, la bestia exasperada revolcándose coceando para satisfacer el vicio.

Muchas, muchas señales espantosas anunciaban la inevitable catástrofe próxima; la vieja andamiada iba á hundirse en lodo y en sangre.

Entonces, espantado ante estas visiones de vergüenza y de castigo, llorando con toda la ternura humana que se quejaba dentro de él, Lucas vió

volver del fondo de las espesas tinieblas el pálido fantasma de Josina con su dulce sonrisa, tendiéndole los brazos con llamada seductora. Y ya no hubo más que ella; sobre ella iba a desplomarse el edificio carcomido, consumido por la lepra. La niña obrera, débil, se convertía en la víctima única, con la mano herida, y moría de hambre; la prostitución la hacía rodar a la cloaca, y encarnaba así la miseria de la vida sometida al salario en una lastimosa figura, cuyo encanto era una obsesión para Lucas. Sufrió él ya con lo que ella debía sufrir; necesitaba salvarla en su sueño loco de salvar a Beauclair. Si alguna potencia sobrehumana le hubiese dado un inmenso poder, hubiese hecho de la ciudad podrida de egoísmo un pueblo dichoso en la vida solidaria, para que ella, Josina, fuese allí feliz. Bien comprendió Lucas entonces que aquella fantasía era en él cosa antigua; que siempre había soñado de aquel modo desde que vivía en París, en un barrio pobre, entre los héroes oscuros y las dolientes víctimas del trabajo. Era como la inquietud interior de un porvenir que no sabía precisar, de una misión cuya preñez sentía; luego bruscamente en la confusión en que luchaba todavía, le pareció el momento decisivo. Josina moría de hambre; Josina sollozaba, y esto no podía tolerarse por más tiempo. Había que obrar; por fin, tenía que ir derecho en socorro de tanta miseria y de tanto sufrimiento, para que la iniquidad cesara.

En esto Lucas, rendido por el cansancio, acabó por adormecerse. Pero de repente creyó oír voces que le llamaban, y despertó sobresaltado. No eran lamentos lejanos, no había oído a los miserables en peligro de muerte pedir socorro? Se incorporó, con oído atento, para no oír más que el vibrar de la sombra. Todo su corazón estaba dolorido, oprimido por la angustia horrorosa de una certidumbre; que en aquel instante mismo, millones de pobres seres agonizaban bajo el peso, que los aplastaba, de la iniquidad social. Luego, cuando temblando otra vez se inclinó sobre la almohada, rendido al sueño, volvieron a resonar las voces que le llamaban, volvió a levantar la cabeza, volvió a escuchar. Medio dormido, las sensaciones se hacían más intensas, extraordinariamente agudas. Y, en adelante, cada vez que se adormecía oía las voces más fuertes, llamándole desesperadas, para algo urgente, algo que era una imperiosa necesidad, sin que él pudiera explicar su naturaleza. ¿A donde correr, para estar más pronto en el terreno de la lucha? ¿qué hacer para preparar la victoria? No sabía; la vaga pesadilla con que luchaba, le hacía padecer cruelmente. Era, en la completa oscuridad como una aurora muy lenta, como solicitaciones incesantes para una labor que se oscurecía cada vez que estaba a punto de definirla. Y he aquí que, dominando las voces, no hubo más que una muy suave, que reconoció, la voz de Josina, que se lamentaba y lo suplicaba. Ella sólo estaba allí; sintió la tibia caricia del beso que le había dado en la mano, aspiró la fragancia del ramo de claveles que le había arrojado, cuyo perfume silvestre le parecía llenar la estancia.

Desde este momento Lucas no luchó más; sacudió el insomnio febril para recobrar alguna calma. Encendió luz, se levantó y se paseó un rato por el cuarto. No quería pensar en nada, esperando librarse así de la idea fija; procuró que le interesaran las cosas que le rodeaban, miró los grabados antiguos colgados en las paredes, los viejos muebles, que hablaban de los hábitos de estudio y de la honrada sencillez del doctor Michón; cuanto había en la estancia venerable, en que se sentía mucha bondad, mucha razón, mucha prudencia. Luego la biblioteca acabó por atraerle exclusivamente. Era un estante con cristales, bastante grande, donde el antiguo saintsimoniano, el antiguo fourrierista, había reunido una colección muy completa de todas las obras humanitarias, que habían sido pasión de su juventud. Todos los filósofos sociales, todos los apóstoles del nuevo evangelio estaban allí: Saint-Simón, Fourier, Augusto Comte, Proudhon, Cabet, Pedro Leroux y otros varios: la colección completa, hasta los discípulos más obscu-

ros. Lucas, con la vela en la mano, se iba interesando, leía los nombres y los títulos en el lomo de los volúmenes, los contaba, se asombraba de su número, de tantas semillas buenas lanzadas al viento, de tantas buenas palabras como dormían allí esperando el día de la recolección.

Había leído ya mucho, conocía las páginas capitales de la mayor parte de aquellas obras. El sistema filosófico, económico, social, de cada uno de aquellos autores, le era familiar. Pero se sentía invadido como por un aliento nuevo, al encontrarlos todos reunidos así, en un grupo compacto. Jamás había tenido una idea tan clara de su fuerza, de su valor, de la considerable evolución humana que traían. Eran toda una falange, toda una vanguardia del siglo futuro, que poco a poco iría siguiendo el inmenso ejército de los pueblos. Sobre todo, lo que le impresionaba, viéndolos así, tocándose, mezclados y en paz, de una soberana fuerza, una vez unidos, era su fraternidad profunda. Si no ignoraba las ideas contradictorias que los habían separado algún día, los encarnizados combates que había habido entre ellos, hoy le parecían todos hermanos, reconciliados en el común evangelio, en las verdades únicas y definitivas que entre todos habían traído. Y la gran aurora que surgía de sus obras, era la religión de la humanidad, cuya fe habían tenido todos, su amor a los desheredados de este mundo, su odio a la injusticia social, su creencia en el salvador trabajo.

Lucas, que había abierto la biblioteca, quiso escoger uno de aquellos libros; ya que no podía dormir, leería algunas páginas, esperando el sueño. Vaciló un instante y se decidió por un volumen muy pequeño, en que un discípulo de Fourier había resumido toda la doctrina del maestro. El título *Solidaridad* le había impresionado; ¿no era aquello lo que necesitaba, las pocas páginas de fuerza y aliento que había menester? Volvió a acostarse y se puso a leer, interesándose muy pronto, como por un drama conmovedor, en que la suerte de la raza era el nudo. La doctrina, acumulada así, reducida al jugo de verdades que formulaba, adquiría una fuerza extraordinaria. Ya sabía él todas aquellas cosas, las había leído en los libros mismos del maestro, pero jamás le habían conmovido tanto, conquistándole tan profundamente; ¿en qué disposición de espíritu estaba, pues? ¿En qué hora decisiva de su destino se encontraba para que su corazón y su cerebro se viesen así poseídos entrando de un golpe en la certidumbre? El librito se animaba, todo tomaba un sentido nuevo e inmediato, como si surgiesen hechos vivos y se realizaran a su presencia.

Toda la doctrina de Fourier se desenvolvía; el rasgo de genio era utilizar las pasiones del hombre como fuerzas de la vida, el prolongado y desastroso error del catolicismo venía de haber querido domarlas, de haberse esforzado por destruir al hombre, para arrojarle esclavo a los pies de su Dios, hecho de tiranía y de nada. Las pasiones, en la libre sociedad futura, habían de producir tanto bien como mal habían producido en la sociedad encadenada, aterrorizada, de los siglos muertos. Eran el inmortal deseo, la energía única que levanta los mundos, el foco interno de voluntad y de fuerza que da a cada ser el poder de obrar. Privado de una pasión, el hombre quedaría mutilado, como privado de un sentido. Los instintos rechazados, aplastados hasta ahora como bestias feroces, ya no serían, libres al fin, más que las necesidades de la universal atracción, tendiendo a la unidad, trabajando entre obstáculos, para fundirse en armonía final, expresión definitiva de la universal ventura. Y no había egoístas, no había perezosos, no había holgazanes, sólo había hambrientos de unidad y de armonía, que caminarían como hermanos el día que viesen el camino bastante amplio, para ir todos por él a sus anchas y felices; sólo había víctimas de la pesada servidumbre, que oprimía a los obreros manuales, que rechazaban tareas injustas, desmesuradas, mal apropiadas, todos dispuestos a trabajar con alegría, cuando no tuviesen más que su parte lógica, y por ellos escogida, de la gran labor común.

Venía luego el otro arranque genial, el trabajo convertido en un horror, hecho función pública; el orgullo, la salud, la alegría, la misma ley de la vida. Bastaría con reorganizar el trabajo, para reorganizar la sociedad entera, de la cual debía ser la obligación cívica, la regla vital.

Pero no se trataba ya de un trabajo brutalmente impuesto a los vencidos, a mercenarios, que se envilecía, que se aplastaba, tratándose como hambrientos bestias de carga; se trataba de un trabajo aceptado por todos, repartido según los gustos y los temperamentos, practicado durante el muy corto número de horas indispensable, variando sin cesar, a elección de los obreros voluntarios. Una ciudad, una comunidad no eran más que una inmensa colmena, en la cual no había un solo ocioso, donde cada ciudadano ponía su parte de esfuerzo en la obra común, de que necesitaba la ciudad para vivir. La tendencia a la unidad, a la armonía final, juntaba a los habitantes, los hacía agruparse, clasificarse ellos mismos en series. Todo el mecanismo consistía en eso; el trabajo dividido hasta lo infinito, el obrero escogiendo la tarea que hiciera más a su gusto, sin verse jamás clavado al mismo oficio, pudiendo pasar a voluntad de un grupo a otro, de una labor a otra. No se trastornaría el mundo de un golpe, se comenzaría poco a poco, experimentando el sistema en una comunidad de algunos miles de almas, para hacer de ella un ejemplo vivo; y el sueño tomaba cuerpo, se creaba la falange, base unitaria del gran ejército humano, se edificaba el falansterio, la casa común. Al principio, para salir del estado actual, nada más sencillo, había que contentarse en llamar a todos los hombres de buena voluntad, a todos los que padecían por tanta dolorosa injusticia. Se les asociaba se creaba una vasta organización de capital, de trabajo, de talento, se mandaba a los que hoy tenían el dinero, los brazos, el cerebro, que se entendieran, que se uniesen para juntar su fortuna. Producirían con una energía, con una abundancia centuplicadas, se enriquecerían con beneficios que se repartirían del modo más equitativo posible, hasta el día en que el capital, el trabajo, el talento, no fuesen más que una sola cosa, el patrimonio común de una sociedad libre de hermanos en que todo sería, al fin de todos, en la armonía realizada.

A cada página del libro brotaba el esplendor suave de la palabra solidaridad, que era su título; algunas frases brillaban como faros; la razón del hombre era infalible; la verdadera absoluta, una verdad que la ciencia ha demostrado se hacia irrevocable, eterna. El trabajo debía ser una fiesta. La felicidad de cada cual no se lograría, andando el tiempo, más que por la dicha de los demás; no habría envidia ni odio cuando hubiese sitio en la tierra para la felicidad de todos. En la máquina social las ruedas intermediarias se destruían como inútiles, porque rodaban fuerza; y así el comercio quedaba condenado, el consumidor sólo entendía con el productor, se segaba de un solo golpe de guadaña todos los parásitos, la infinita maleza que vive de la corrupción social, del estado de guerra permanente en que agonizan los hombres. No más ejército, no más tribunales. No más prisiones. Por encima de todo, en esta gran aurora que al fin surgía, la justicia brillaba como un sol destruyendo la miseria, dando a cada ser que nace el derecho a la vida, el pan de cada día, realizando para cada cual la suma de felicidad real que se le debe.

Lucas ya no reía, reflexionaba. Todo el siglo diecinueve grande y heroico, se aparecía en su continua batalla, en su esfuerzo tan doloroso y valiente, en pos de la verdad y de la justicia. De un cabo a otro, el irresistible movimiento democrático, la marcha ascendente del pueblo, le llenaba. La revolución sólo había traído al poder la burguesía, hacía falta un siglo más, para la evolución se cumpliera, para que todo el pueblo tuviera su parte.

Las semillas germinaban en el viejo terruño monárquico, cavado sin cesar; y desde las jornadas del 48, la cuestión del salario se planteaba claramente, las reivindicaciones de los trabajadores se precisaban más y más, sacudiendo el nuevo régimen burgués que poseía, y a quien la posesión egoísta, tiránica, corrompía a su vez. Y ahora, en el umbral del siglo, en cuanto el empuje creciente del pueblo hubiera arrastrado la vieja andamiada social, la reorganización del trabajo serviría de fundamento a la sociedad futura, que sólo podría existir por una justa distribución de la riqueza. Toda la nueva etapa necesaria y próxima estaba en eso.

La violenta crisis que había hecho undirse los imperios cuando el mundo antiguo había pasado de la esclavitud al salario, no era nada junto a la terrible crisis actual, que hacía diez años sacudía y asolaba los pueblos; esta crisis del salario, evolucionando, transformándose, convirtiéndose en otra cosa. Y de esta otra cosa debía nacer la ciudad feliz y fraternal de mañana.

Emilio ZOLA.

EL PUEBLO

PERIODICO SEMANAL

órgano del partido de Unión Republicana de Tortosa

Redacción y Administración

Calle de la Sangre, núm. 10 principal

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Tortosa, al mes.	0'50 ptas.
Fuera, trimestre	1'50 id.

Anuncios y comunicados: á precios convencionales

Céntrro Jurídico Administrativo

DIRIGIDO POR EL

SEÑOR MANAUT

ABOGADO

Horas de despacho: de 9 á 1 y de 4 á 6

CALLE DE LA SANGRE, NÚMERO 10, PRINCIPAL

TORTOSA

ZAPATERÍA DE AGAPITO SÁNCHEZ

Variado y completo surtido de calzado de todas clases. Se confecciona á medida, con arreglo á los últimos figurines. Precios sin competencia en toda clase de calzado.

CALLE DEL ANGEL, NÚMERO 20.---TORTOSA